

«Dios los acoja en su seno».

RUDYARD KIPLING

*(Epígrafe tallado en los monumentos
construidos en memoria de los soldados
desconocidos).*



Índice



La Rue des Pénitents Gris	17
---------------------------------	----



Tarascon-sur-Ariège	29
La Tour du Castella	37
Por la montaña, camino de Vicdessos	51
La tormenta de nieve	65
La vigía de las montañas	73
El sendero del bosque	81
El pueblo de Nulle	91
<i>Chez les Galy</i>	101
El hombre en el espejo	109
<i>La fête de Saint-Etienne</i>	117
De recuerdos y pérdidas	135
El ataque	151
La cruz amarilla	161
La historia de Fabrissa	169

Éxodo	175
Al despuntar el día	185
La fiebre	195
La vigilia de Madame Galy	211
Los hermanos Breillac	219
Surge una idea	227
La cueva	239
Huesos, sombras, polvo	247
El hospital de Foix	259



Regreso a la Rue des Pénitents Gris	275
---	-----



Agradecimientos	287
Nota de la autora	289



La tumba de Pyrène	293
--------------------------	-----

Lo vièlh Ivèrn

*Lo vièlh Ivèrn ambe sa samba ranca
Ara es tornat dins los nòstres camins.
Le nèu retrais una flassada blanca
E'l Cerç bronzís dins las branca del pins.*

El viejo Invierno

Ha vuelto el viejo Invierno
con su cojera por nuestros caminos.
Extiende la nieve un blanco manto
y el viento ulula entre los pinos.

Canción tradicional occitana

TOULOUSE

Abril de 1933



La Rue des Pénitents Gris



Caminaba como un hombre que acabase de regresar a este mundo. Cada uno de sus pasos lo daba con toda intención, con cautela. Cada uno de sus pasos lo disfrutaba.

Era alto e iba recién afeitado; era tal vez demasiado delgado. Vestía un traje hecho de encargo en uno de los mejores sastres de Savile Row. Un traje ligero, de lana, de espiguilla, con una chaqueta holgada en los hombros y más ceñida a la cintura. Los guantes de color beis iban a juego con la gorra. Parecía inglés, parecía seguro de su derecho a pisar las piedras de esa calle, a caminar en una plácida tarde de primavera.

Pero nada es lo que parece.

Y es que cada uno de sus pasos era excesivamente cauteloso, en cada uno ponía una excesiva intención, como si no estuviera dispuesto a dar por sentada del todo siquiera la existencia del suelo que pisaba. Y según

caminaba movía los ojos inteligentes y veloces de un lado a otro, como si estuviera resuelto a registrar incluso los últimos detalles.

Toulouse era tenida por una de las ciudades más bellas del sur de Francia. Freddie en efecto la admiraba. La elegancia de sus edificios decimonónicos, el pasado medieval que dormía bajo las avenidas y columnatas, las torres de los campanarios y los claustros de Saint-Etienne, la audacia con que el río dividía la ciudad en dos... Las fachadas de ladrillo rosáceo, sonrojadas al sol de abril, daban a Toulouse su merecido y afectuoso apodo: *la ville rose**. Ésta había cambiado muy poco desde la última visita de Freddie, muy a finales de los años veinte. Él era entonces un hombre distinto, un hombre hecho añicos, erosionado hasta la extenuación por la pena.

Las cosas habían cambiado.

En la mano derecha, Freddie llevaba indicaciones garabateadas al dorso de una servilleta de Bibent, donde había almorzado un solomillo y una botella de Burdeos normal y corriente. En el bolsillo de la pechera, a la izquierda, llevaba una carta en cuyo trazo se habían incrustado la antigüedad y el polvo, bien afianzada dentro de una libreta de tapas rígidas. Era precisamente éste —junto al hecho de que por fin había encontrado la oportunidad de regresar— el motivo por el que

* En francés en el original. Transcribimos en cursiva los términos que aparecen en el original en francés, occitano e italiano (N. del E.).

había vuelto a Toulouse ese día. Las montañas en las que había encontrado el documento poseían un fuerte significado para él, y aunque nunca había llegado a leer la carta, era este papel una de sus más preciadas pertenencias.

Freddie cruzó la Place du Capitole en dirección a la catedral de Saint-Sernin. Recorrió un laberinto de callejuelas, callejones sin salida a veces, llenos de bares de jazz y de sótanos donde se recitaba poesía y de restaurantes de escasa iluminación. Bajó de la acera para adelantar a las parejas, a los amantes, a las familias y a los amigos que habían salido a disfrutar de una cálida tarde. Atravesó las plazoletas y las *ruelles* semiocultas, y siguió por la Rue du Taur hasta llegar a la calle que estaba buscando.

Freddie vaciló al doblar la esquina, como si se lo fuese a pensar mejor. Continuó al cabo, a paso veloz, arrastrando su sombra detrás.

A mitad de camino, en la Rue des Pénitents Gris, había una *librairie* en la que se vendían libros antiguos y libros de ocasión. Ése era su destino. Se detuvo en seco a leer el nombre del propietario, inscrito en letras negras sobre el dintel. Momentáneamente su silueta quedó impresa en el edificio. Cambió de postura entonces y volvió a colmar el escaparate la amable luz del sol, provocando un destello en la reja metálica.

Freddie contempló los libros expuestos durante unos momentos, los volúmenes antiguos y repujados

en pan de oro, y las fundas de cuero bruñido, en rojo y negro, o los lomos con dos salientes en relieve, las obras de Montaigne y Anatole France y Maupassant. Había otros nombres menos familiares: Antonin Gadal y Félix Garrigou, y había volúmenes de relatos de fantasmas, obras de Blackwood y de Henry James y de Sheridan Le Fanu.

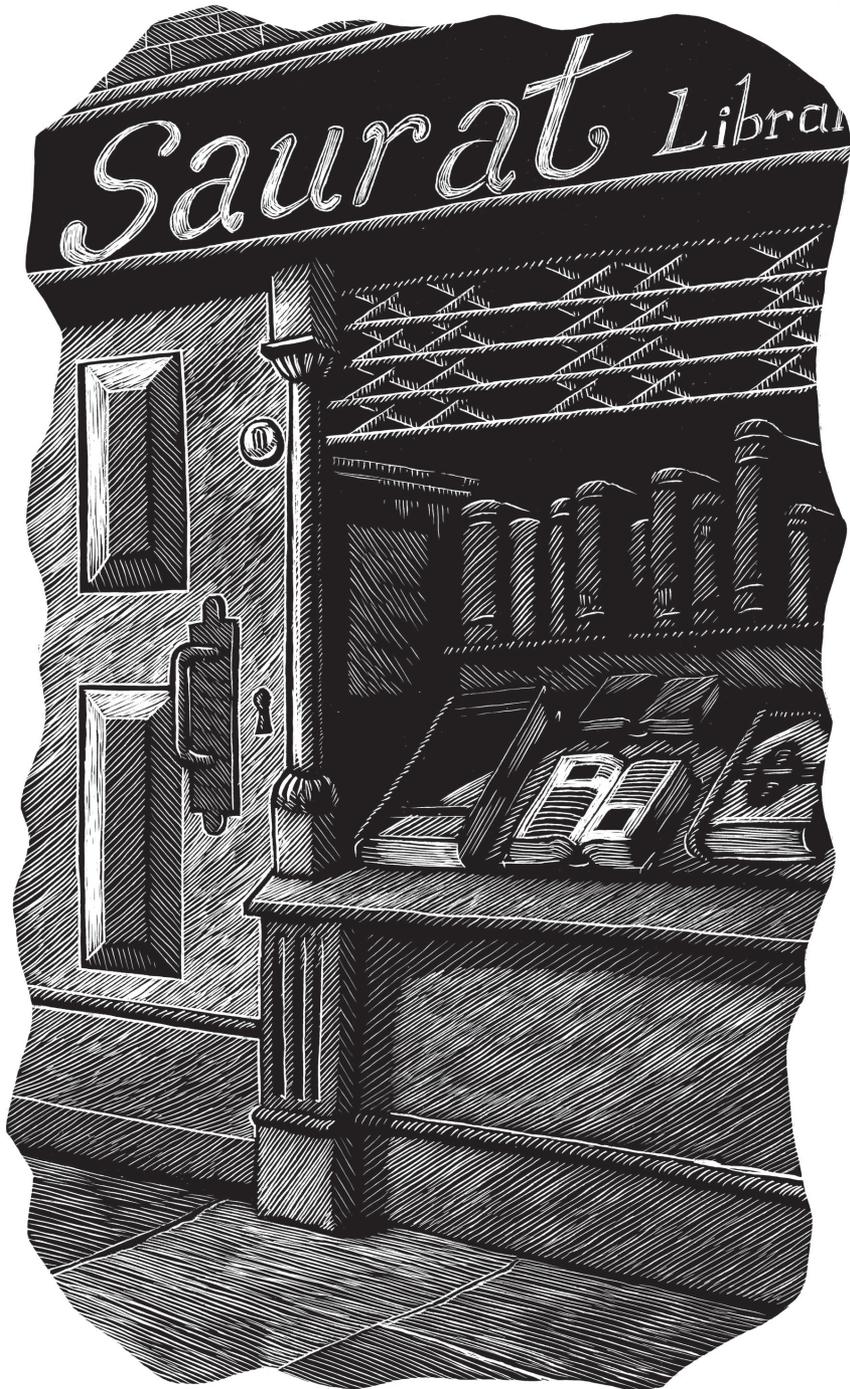
—Ahora o nunca —se dijo.

El pomo de la puerta, anticuado, estaba rígido, y las bisagras cedieron rechinando cuando Freddie empujó la hoja. Una campana de latón tintineó en alguna parte, al fondo. La tosca estera de junco que cubría el suelo suspiró bajo las suelas de sus zapatos en cuanto entró.

—*Il y a quelqu'un?* —preguntó en un francés rudimentario—. ¿Hay alguien ahí?

El contraste entre la luminosidad exterior y las sombras superpuestas del interior obligó a Freddie a pestañear. Se notaba sin embargo un agradable olor a polvo, a atardeceres, a goma arábiga, a papel y a anaqueles de madera pulida. Bailaban las partículas de polvo en los rayos del sol que entraban sesgados. Estuvo seguro entonces de haber llegado al sitio adecuado, y sintió que algo se destensaba en su interior. Alivió tal vez de haber llegado allí, o quizás de haber llegado al final de ese trayecto.

Freddie se quitó la gorra y los guantes y los dejó sobre el largo mostrador de madera. Introdujo la ma-



Saurat Librai

no en el bolsillo de la chaqueta y sacó la libreta de tapas rígidas.

—¿Hola? —llamó por segunda vez—. ¿Monsieur Saurat?

Oyó unos pasos y luego el crujir de una portezuela en la trastienda, y vio aparecer a un hombre. Freddie tuvo una primera impresión de carnalidad, de una piel con abundantes pliegues en el cuello, en las muñecas; de un rostro liso y sin arrugas, bajo una mata de cabellos canos. No se parecía en modo alguno al erudito medieval que había esperado encontrar Freddie.

—¿Monsieur Saurat?

El hombre asintió con cautela, aburrido, sin ningún interés por un visitante ocasional.

—Necesito que me ayude con una traducción —dijo Freddie—. Me han dicho que seguramente sea usted el hombre más indicado.

Sin apartar los ojos de Saurat, Freddie sacó con gran cuidado la carta de su funda. Era de trama gruesa, del color de la tiza ensuciada, no de papel, sino de algo bastante más antiguo. La caligrafía era desigual y había dejado arañazos en la superficie.

Saurat posó la mirada en la carta. Freddie lo vio aguzar el ojo, primero con sorpresa, enseguida con verdadero asombro, al final con un punto de codicia.

—¿Me permite?

—Se lo ruego.

Tras tomar del bolsillo de la camisa unas gafas con lentes en forma de media luna, Saurat se las colocó en la punta de la nariz. Sacó entonces unos finísimos guantes de lino de debajo del mostrador y se los puso. Sujetando el documento con extremo cuidado, tomándolo por una esquina entre el índice y el pulgar, lo sostuvo al trasluz.

— Pergamino. Probablemente de finales de la Edad Media.

— En efecto.

— Escrito en occitano, la lengua que antiguamente se hablaba en esta región.

— Así es.

Todo eso Freddie ya lo sabía.

Saurat lo miró a fondo y volvió a concentrar la mirada en la carta. Inspiró con fuerza y comenzó a leer en voz alta los primeros renglones. Lo hizo con voz sorprendentemente incorpórea.

Huesos, sombras, polvo. Yo soy la última. A los demás se los han tragado las tinieblas. Ahora, a mi alrededor, cuando ya terminan mis días, sólo un eco en el aire aquietado del recuerdo de aquellos a los que amé. Soledad, silencio. Peyre sant...

Saurat calló de pronto y miró con renovado interés al británico reservado y discreto que se encontraba delante de él. No parecía que fuese coleccionista,

aunque nunca era fácil precisar cuál de sus visitantes lo era.

Carraspeó.

—¿Me permite que le pregunte dónde ha encontrado esto, *monsieur*...?

—Watson. —Freddie sacó una tarjeta de visita y la dejó con un golpe seco sobre el mostrador—. Frederick Watson.

—¿Se da usted cuenta de que este documento posee cierto significado desde el punto de vista de la historia?

—Para mí, el significado que tenga es puramente personal.

—Es posible, claro está, aunque de todos modos... —Saurat se encogió de hombros—. ¿Es algo que se halle en poder de su familia desde hace tiempo?

Freddie vaciló un momento.

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar tranquilos?

—Por supuesto. —Saurat señaló con un gesto una mesa de cartas y cuatro sillones de cuero que se encontraban en la trastienda—. Por favor, acompáñeme.

Freddie tomó el documento y se acomodó, observando cómo Saurat se agachaba tras el mostrador, sacando esta vez dos vasos de cristal grueso y una botella de coñac dorado, meloso. Era un hombre de insólita

donosura, delicado incluso, pensó Freddie, a pesar de ser tan voluminoso.

Saurat sirvió los vasos con generosidad y se instaló en el sillón de enfrente. El cuero suspiró bajo su peso.

—Entonces, ¿me lo va a traducir?

—Por supuesto. Pero me sigue intrigando... cómo es que se encuentra usted en poder de tal documento.

—Es una larga historia.

Saurat se encogió de hombros.

—Tiempo tengo.

Freddie se adelantó en el sillón y abrió espacio sus largos dedos sobre la superficie de la mesa, formando dibujos invisibles en el tapete verde que la cubría.

—Dígame una cosa, Saurat, ¿usted cree en los fantasmas?

Una fugaz sonrisa asomó en los labios del librero.

—Le escucho.

Freddie respiró hondo, acaso con alivio, acaso con otra emoción. Habría sido difícil precisarlo.

—Muy bien —dijo, y se recostó en el sillón—. La historia comienza hace casi cinco años, y no muy lejos de aquí.